

ciosos humores, que mediante la fermentacion febril se habian de segregar de la sangre, detenidos en ella por la intempestiva suspension de la fiebre, adquieren mayor acrimonia, mas alto grado de malignidad, con que despues ponen al enfermo en mayor peligro. Acaso de este error proceden las mas de las recaidas; y verisimilmente la razon principal, porque las recaidas son mas peligrosas, que las caidas, es la señalada, de que los humores viciosos detenidos adquieren mayor malignidad; aunque tambien es causa coadyuvante la debilidad, que halla en el sugeto la recaida.

26 Yo protesto, que à muchos febricitantes disuadí, yá de la sangria, yá de otros remedios, que los Medicos prescribian, sin que jamás, ni ellos, ni yo tuviesemos motivo para arrepentirnos. Debe suponerse, que esto solo lo hacía en los casos, en que claramente conocia ser la fiebre benigna; pues quando la conozco maligna, ò dudo si lo es, jamás me entrometo en estorvar la accion del Medico, sí solo en proponerle à este lo que me parezca mas probable; y es, que se espere hasta descubrir camino. Es el caso, que aun en las fiebres, que llaman malignas, es verisimil, que no se debe acusar la fiebre, sino la causa de ella. Acaso el destino natural de toda fiebre solo es expurgar la sangre; pero à veces sucederá, que encendiendose demasiado, por el continuado intenso influxo de la causa morbifica, disipe todo lo espiritoso, que hay en ella, en cuyo caso acarreará la muerte, si à tiempo no se mitiga.

PARADOXA V.

La Dieta, y curacion precatoria de los convalecientes, superfluas.

27 PARA que no nos equivoquemos, se debe advertir, que la Paradoxa procede de convalecientes, que verdaderamente lo son, y tienen legítimas señas de tales. Yerran torpísimamente en esta materia, no solo los asistentes, mas tambien frecuentemente los Medicos. En viendo cesar la calentura, y el dolor de cabeza, ò otro qualquiera que acompañase la fiebre, declaran la enfermedad totalmente vencida, y al enfermo en estado de convalecencia. Sucedeles lo mismo que à los Capitanes ignorantes, ò inexpertos, que en el desembarazo de un combate, no distinguen entre lo que es huir vencido el enemigo, ò retirarse cautelosamente à una emboscada. Es asi, que muchas veces la que se juzga convalecencia, no es mas que un disimulo alevoso, una retirada sagaz, una suspension traidora de los combates de la enfermedad, para salir despues, como de una emboscada, à descargar con mas furia sobre el pobre paciente. Aunque esto puede provenir de diferentes causas, ninguna, à mi parecer, mas ordinaria, que el error del Medico, que con intempestivos remedios suspendió la fermentacion, cortando la fiebre; porque los humores depravados, cuyo movimiento se interrumpió, adquiriendo con la detencion, como se dixo arriba, mas alto grado de acrimonia, vuelven à suscitar despues mas intensa, y maligna fiebre, que, cayendo sobre unas fuerzas postradas, no es mucho ocasionese el ultimo estrago.

28 Esta falta de discernimiento entre la convalecencia verdadera, y aparente, fue quien introduxo la escrupulosa observancia, con que se procede en orden à los

convalecientes. La práctica comun es purgarlos, para extirpar, dicen, las reliquias de la enfermedad: ministrarles aquellos alimentos, que se juzgan mas propios de enfermos, que de sanos; y aunque estén rabiando de hambre, cercenarles quanto pueden la cantidad. Digo, que en la convalecencia verdadera todo ese cuidado es superfluo, y el convaleciente sin esas precauciones proseguirá en su mejoría, hasta lograr perfecta robustéz. Pero antes de pasar adelante, es preciso señalar el distintivo, ò distintivos característicos entre la convalecencia verdadera, y aparente.

29 Las señales seguras de convalecencia verdadera, aunque acaso se pudieran observar algunas mas, se pueden reducir à tres: apetito vivo de la comida, ánimo alegre, y continuado aumento de fuerzas. Resueltamente afirmo, que en el convaleciente, en quien se notaren estas circunstancias, no hay que temer recaída. Si alguno me dixere, que la vió en uno, ò otro sugeto dotado de esas circustancias, permitiendole que no suponga una experiencia que no tiene, por mantener su teson à costa de la verdad, lo que à cada paso sucede; le responderé, que esa no fue recaída, sino nueva, y distinta enfermedad, inducida, ò por alguna causa externa muy poderosa, ò por algun exceso insigne. Supongo, que un convaleciente es capaz de enfermar de nuevo por qualquiera de aquellas causas, por las quales enferma un hombre, que se hallaba muy sano, y robusto. ¿Pero esta será recaída? De ningun modo: porque la recaída es una repetición de la enfermedad antecedente, ocasionada de la misma causa morbífica, que en todo, ò en parte quedó contenida en el sugeto.

30 La carencia de las tres señales, que hemos notado de la convalecencia verdadera, es la señal legítima, y segura de la que es puramente imaginaria. Por mas que se haya ausentado la fiebre, y el dolor de cabeza, ò otro qualquiera, que acampañase la fiebre, si el apetito está descaído, el sugeto melancólico, y las fuerzas

no se ván recobrando continuadamente, no hay que imaginar convalecencia verdadera. O el enfermo recaerá, ò padecerá aún por muchos dias un genero de indisposición, y languidez, entre tanto que la materia morbífica (que quedó dentro) se vaya digiriendo poco à poco.

31 Puede servir de aditamento à las señales, que notamos, la observacion del semblante, y los ojos. El color del rostro, aunque descaído, pero limpio, y claro; el modo de mirar, aunque no vigoroso, pero alegre, y dulce, son buenos testigos de que la convalecencia es verdadera. Pero la observacion de estas señas pide genio en el observador, y cierta especie de tino mental, faltando el qual, por mas que se le instruya, está à peligro de errar. Como al contrario, el que le tuviere, por la mera contemplacion de los ojos regularmente acertará el pronostico, no solo en el estado de convalecencia, mas aun en el de la enfermedad.

32 Suponiendo, pues, que por las señas propuestas se conozca, que la convalecencia del enfermo es verdadera, digo, que es ociosa la purga, y otra qualquiera curacion precautoria, como tambien estrecharle mucho en la dieta. Dicen, que la purga es conveniente, para exterminar las reliquias de la enfermedad. Pero lo primero replico, que en la convalecencia verdadera no hay tales reliquias; si las hubiese, habria tambien los efectos de ellas: por lo menos el apetito sería algo diminuto, comparado con el que hay en tiempo de sanidad; y bien lexos de eso, es mas vivo. Esta imaginacion de reliquias provino de no distinguir la convalecencia verdadera de la aparente. Como en esta suceden las recaídas, y estas se juzgan provenir de reliquias de la primera enfermedad, en el déxo de toda enfermedad concibieron reliquias remanentes. Replico lo segundo, que aunque hubiese tales reliquias, sería escusada la purga. Si la naturaleza fatigada de dolores, pervigilios, angustias, tuvo vigor bastante para vencer, y ahuyentar el grueso,

digamoslo asi, del enemigo, ahora que está mas despejada, y animosa, ¿no tendrá sobradas fuerzas para expeler unos miseros dexos del contrario? Replico lo tercero: O ese poco humor vicioso está incocto, ò cocido; si incocto, no se debe purgar, segun el Aphorismo Hippocratico: *Concocta medicari oportet, non cruda*. Si cocido, ¿qué dificultad tendrá la naturaleza en expelerle? Ella sin auxilio alguno, y aun sin la menor fatiga, expele la materia de un gran catharro, luego que la cuece. Replico lo quarto: Si un poco de humor vicioso, que haya quedado en el cuerpo, à quien se quiere dár nombre de *reliquias de enfermedad*, pide purga, no hay hombre que no deba estar purgandose continuamente; porque ninguno hay de sangre, y humores tan puros, que no tenga mezclado algo de excrementicio; y si le hubiese, por eso mismo deberia medicarse, si hemos de estar à la otra maxima Hippocratica: *Habitus Athletarum, qui ad summum bonitatis pertingit, periculosus est*.

33 Las razones mismas, que reprueban como superflua la purga, sirven para impugnar como ociosa la estrecha dieta. Digo *estrecha*, porque alguna dieta en todos tiempos, y estados debe haberla; pero no es menester mas dieta en el tiempo de convalecencia, que en el tiempo de sanidad, quando no ha precedido achaque alguno; y si me apuran, diré, que ni aun tanta. La experiencia constante es, que, segun es mayor, ò menor el apetito, se cuece, y digiere mas, ò menos. Si el apetito está languido, se cuece, y digiere poco; si valiente, se cuece, y digiere mucho mas. Ni puede ser otra cosa, atendida la harmonia, que hay entre las facultades del cuerpo humano.

34 Si se me opusiere la debilidad de los convalecientes, digo, que esa debilidad no es del caso de la question. Está un convaleciente débil para correr, para tirar la barra, para levantar un gran peso; mas no para cocer, y digerir los manjares. Si lo estuviere, tambien estaria floxo el apetito. Ni la primera debilidad infiere la segun-

da. El que hizo todo el exercicio corporal, que permiten sus fuerzas, sin que llegue al exceso de perjudicar la salud, está débil para continuar el mismo exercicio, ò otro de la misma linea, mas no para cocer, y digerir el alimento; antes bien, como entonces come con mas gana, cuece, y digiere mejor.

35 La observacion experimental, asi en mi persona, como en otras, me ha mostrado lo mismo que llevo dicho. He visto muchos convalecientes, con legítimas señas de tales, que ni se repurgaron, ni observaron especial dieta; antes comian algo mas que antes de caer enfermos, sin que ninguno recayese. Yo, habiendo salido de una enfermedad grave, que padecí el año de diez, en veinte dias, poco mas, ò menos, del tiempo de la convalecencia, comí seguramente una tercera parte mas de lo que regularmente como; y ni recaí, ni despues acá he padecido alguna enfermedad grave. Acuerdome, que una tarde, habiendo comido poderosamente à medio dia, convidado de un amigo comí diez pavias mal maduras, sin que me incomodasen poco, ò mucho, ni me quitasen cenar muy bien; y es cierto, que no era yo capaz de tanto en el estado mas floreciente de mi juventud.

36 No por eso se piense, que la indulgencia, que concedo à los convalecientes, es plenaria; esto es, para llenar todos los vacios del estomago, y del apetito. La regla conservativa de la salud; esto es, comer, y beber algo menos de aquello à que se estiende el apetito, comprehende tambien à los convalecientes.

no absoluta, sino relativa. Pruebase tambien la segunda parte de la Tercera. En algunas ocasiones de los poros es preciso que el ambiente del cuerpo ocupe algo menor espacio, que el que antes de ocluírse los poros ocupaba: como tambien, si los poros se abren mas que al ordinario, es preciso que el ambiente del cuerpo ocupe mayor espacio; por lo qual es imposible, que los poros se abran, sin que el cuerpo se comprima, ni que se dilata, sin que el cuerpo se esponje. Como tambien, por orden inverso, es im-

PARADOXA VI.

No hay Constipaciones, sino impropriamente tales, y esas son de cortisima duracion.

37 **T**IENE dos partes la Paradoxa, y entrambas se probarán con evidencia. Llamo constipacion, propriamente tal, la perfecta oclusion de los poros, que prohibe toda transpiracion: y esta digo, que nunca la hay, porque el cuerpo siempre transpira. Pruebase lo primero, porque la ropa interior siempre se ensucia; y no se ensucia, como es claro, sino por las exhalaciones, y efluvios inmundos, que salen del cuerpo mediante la transpiracion. Pruebase lo segundo, porque por bien que se lave qualquiera parte del cuerpo de un sugeto, que se crea constipado, y por bien que se defienda de toda externa infeccion, si vuelven dentro de un breve rato à lavarla, se pondrá la agua del lavatorio algo sucia. ¿De qué es esta suciedad, sino de lo que el cuerpo transpiró en aquel breve rato?

38 Solo, pues, se puede conceder, que los poros no están algunas veces tan patentes, y abiertos, quanto es menester, de que proviene, que la transpiracion sea diminuta, y no en tanta cantidad como al ordinario; y esta se debè llamar constipacion impropriamente tal; y no absoluta, sino respectiva.

39 Pruebase tambien la segunda parte de la Paradoxa. En qualquiera oclusion de los poros es preciso que el ambito del cuerpo ocupe algo menor espacio, que el que antes de ocluirse los poros ocupaba: como asimismo, si los poros se abren mas que al ordinario, es preciso que el ambito del cuerpo ocupe mayor espacio; porque es imposible, que los poros se angosten, sin que el cuerpo se comprima, ni que se dilaten, sin que el cuerpo se esponje. Como tambien, por orden inverso, es im-

posible, que el cuerpo se comprima, sin que los poros se angosten, ni que se esponje, sin que los poros se dilaten. Esto es general à todo cuerpo. Ninguno, sin quitarle, ò añadirle materia, puede ocupar yá mayor, yá menor espacio, sino en quanto sus poros yá se estieden, yá se estrechan. Puesto este principio innegable, considerese, que uno, que esté constipado, de qualquiera modo que caliente el cuerpo, ò con exercicio algo violento, ò con mucha ropa, ò al Sol, ò al fuego, necesariamente dexará de estar constipado, porque por la accion del calor del cuerpo se estiende à ocupar mayor espacio, que el que antes ocupaba. Asi se vé, que siempre que nos calentamos con algun exceso, nos viene mas ajustada la ropa, y el calzado mas apretado: y no por otra razon, sino porque la cama nos calienta mucho, al salir de ella todo lo hallamos mas ajustado.

40 De aqui se infiere, que qualquiera puede librase brevisamente de la constipacion: con entrarse en la cama, y arroparse bien, lo logrará. Asi yo me rio, quando oygo tantas quejas de constipaciones, y mucho mas quando preguntando à algunos, que por catharro, ò otra fluxion, están en la cama algunos dias, ¿qué tienen? Me responden que están constipados, siendo asi, que necesariamente por el calor de la cama están menos constipados, ò tienen los poros mas abiertos que yó, ò otro qualquiera que los visita.

41 Ni esto impide, que convengan algunas indisposiciones de la constipacion imperfecta, que hemos explicado, las cuales perseveren algun tiempo, aun despues que falta la constipacion, pues muchos efectos permanecen, aun faltando la existencia de sus causas. Pero acaso todos los males, que se atribuyen à constipaciones, provienen de otros principios. De muchos, y aun de los mas, no hay duda; pues vemos à cada paso quejarse de constipados à sugetos, que no tienen ocasion alguna para estarlo; y en la Corte se hizo esta queja tan de la moda, que el que dice que está resfriado, ò que tiene

catharro, ò romadizo, dá bastante seña para que le tengan por aldeano. Lo que me mueve à decir, que acaso todos los males que se hechan à constipacion, provienen de otro principio, es lo primero, que las mismas causas, de que proviene la constipacion, pueden por sí mismas causar los males, que se atribuyen à esta. Hallase uno, pongo por exemplo, indispuerto despues que un viento frio le constipó. Supone ser la constipacion la causa de su indisposicion. ¿Y por qué, pregunto, no podria el viento frio por sí mismo, prescindiendo de la constipacion, y aunque no la hubiese, producir en el sugeto alguna intemperie, ò mala disposicion, por la qual enferme? Mueveme lo segundo, vér que à cada paso hay constipaciones (se entiende imperfectas, pues no admitimos otras), sin que de ellas se siga mal alguno. Todos en tiempo frio, al salir de la cama, se constipan, lo que se infiere con evidencia, de que à brevisimo rato el cuerpo ocupa menor espacio: llenaba la ropa al salir de la cama, de modo, que apenas podia poner los botones, y dentro de poco le viene holgadisima. Constipanse algo mas al salir de casa, porque encuentran ambiente mas frio; con todo, casi siempre se vuelven à casa tan sanos como salieron.

PARADOXA VII.

Toda putrefaccion de la sangre es mortal.

⁴² Dóme luz para esta Paradoxa Lucas Tozzi, Tom. I, cap. de *Febribus*, cuyas son estas notables palabras: *At verò putredo, quæ humoribus affingitur, præcipuaque fertur febrium causa; si tam familiaris sanguini foret, quàm vulgò creditur, certè nulla febris in salutem desineret, cum animalium vita, putrefacto sanguine, non possit esse superstes.* Y en el tomo V, cap. 12: *Cum putredo sanguinis, si aliquando contingat*

in arteriis, aut venis, mortem irreparabiliter secum trahat. Con todo, los Medicos hallan à cada paso fiebres pútridas, que se curan lindamente, yá à beneficio de la Medicina, yá de la misma naturaleza; lo que para mí es incomprehensible; porque una vez que se introduzca putrefaccion en la sangre, inviolablemente la irá cundiendo toda, hasta la extincion del animal. Asi lo vemos en todas las cosas, que comienzan à pudrirse, v. gr. frutas, y licores, donde la putrefaccion vá cundiendo el mixto, hasta perderlo enteramente. La gangrena es una especie de putrefaccion. ¿Quién vió gangrena, que no se fuese estendiendo hasta acabar con el viviente?

43 En las cosas sólidas, que empiezan à pudrirse, cabe el remedio de aquella parte, que aun está sana, separando la podrida, como se separara el pie gangrenado de lo restante del cuerpo, y la parte podrida de una manzana de la que no está viciada. Pero este remedio no cabe en los liquidos, cuyas partes putrefactas están confusas, y intimamente mezcladas con las sanas. Supongo, que quando se avinagra el vino en el tonel, no empieza à un mismo tiempo la corrupcion por todas sus particulas, sino por las que están mas dispuestas para ella, no siendo creíble, que todas lo estén igualmente; pero como están intimamente mezcladas unas con otras, no hay arbitrio para separar las viciadas de las que aun no lo están.

44 ¿De qué servirá, pues, la sangria, à la qual, como à presidio principalisimo, recurren los Galenicos en las fiebres, que llaman pútridas? ¿Por ventura la lanceta, abriendo la vena, llama precisamente las particulas corruptas de la sangre? Quien lo creyere, creerá tambien, que con abrir la espita al tonel, saldrán precisamente las partes avinagradas. *Phlebotomia putredinem arcet*, dice con gran satisfaccion Riverio; pero sin manifestarnos en qué funda esa satisfaccion. Si fuese así, tambien la sangria, que se hiciese en un tonel, ò otro qualquiera vaso continente de licor, que empezase à romperse, atajaria la corrupcion. Aunque se disminuya

la cantidad del humor, que empieza à pudrirse, quedando lo demás en la disposicion misma, continuará en él sin duda la ruina.

45 ¿Y podrá, yá que no la sangría, servir la purga? Lo mismo digo. Lo primero, porque tampoco la purga es selectiva de lo viciado. Si lo fuese, quantas enfermedades provienen de humores viciados, ò viciosos, se curarian con purgas, lo qual muestra la experiencia falsísimo. Los purgantes indiscretamente evacuan lo que encuentran, bueno, y malo, como yá ningun Medico racional niega; y la division de la eficacia de distintos purgantes respectiva à distintos humores, establecida por nuestros antepasados, está yá enteramente reprobada. Lo segundo, la purgacion, para ser util, debe, segun el Aphorismo Hippocratico, suponer la materia cocida. ¿Y lo podrido es cocido? Antes Aristoteles expresamente afirma, que la putrefaccion se opone à la coccion: *Putredo enim concoctioni contrarium est.* (a). Lo tercero, ò los purgantes limpiáran la masa sanguinaria de todo lo que hay putresciente en ella, ò solo de parte. Si lo segundo, no se evitaria el daño, pues en virtud de lo que quedase, caminaria la putrefaccion adelante. Si lo primero, como lo putresciente está confuso, y mezclado intimamente con lo sano, sería imposible arrancar aquello, sin una disolucion entera de toda la masa sanguinaria, à que seguiria infaliblemente la muerte.

46 Finalmente, siendo la putrefaccion una especie particular de fermentacion, cuyo caracter proprio es una mayor disolucion de los principios, que en las demás fermentaciones, acompañada de la exhalacion de vapores fétidos, pregunto: ¿si en la sangre de aquellos, que curan los Medicos como enfermos de calenturas pútridas, se ha notado alguna particular hediondez? Yo, por lo menos, nunca oí quejarse de ella à los Sangradores. Pero si alguna vez se notáre, decisivamente pronuncio, que el enfermo tardará muy poco en morir, aunque vengan catorce Hippocrates à curarle.

(a) *Lib. 4. de Generat. Anim. cap. 8.*

47 Puede ser que me diga alguno, que quando los Medicos hablan de fiebres pútridas, no entienden la putrefaccion tan rigurosamente. Pero yo le opondré, que si entienden otra cosa distinta de lo que entendemos por esta voz *putrefaccion*, se expliquen otra vez; y entretanto que no lo hacen asi, doy el pleyto por vencido à mi favor.

48 Todo lo dicho se entiende de las fiebres pútridas, que los Galenicos llaman esenciales, ò primarias, que provienen de putrefaccion introducida en las venas, ò vasos comunes, inficionando la masa sanguinaria; no de las que llaman symptomaticas, cuya causa es la putrefaccion, ò supuracion de alguna parte determinada, de quien por la comunicacion de los vasos se encaminan continuamente vapores pútridos al corazon.

PARADOXA VIII.

Ninguna Diarrhea, propriamente tal, se debe contar por enfermedad.

49 **E**S *Diarrhea* propriamente tal aquella en que solamente se expelen humores excrementicios, à distincion de la *Lienteria*, en que se arrojan los alimentos enteramente crudos: de la *Pasion celiaca*, en que salen imperfectamente cocidos; y de la *Diarrhea coliquativa*, en que la misma substancia adiposa del cuerpo, y jugo nutricio se precipitan.

50 Notables cosas dicen algunos Galenicos de la *Diarrhea*, siguiendo sus antiguas preocupaciones. Dividenlas en biliosa, pituitosa, melancolica, y serosa. La primera atribuyen al higado; la segunda al cerebro; la tercera, al bazo; la quarta, à todo el cuerpo. Dexando aparte esa voluntaria division de humores, tantas veces impugnada, ¿no es cosa ridicula pensar, que en el cerebro, en el higado, y en el bazo se contenga tanta copia de hu-

mo-